

Capítulo 146 - Perdiendo el control

—Esto hará que tu verdadera alma resurja temporalmente — interrumpió Tianlong, acercándose hasta que pudo sentir el calor que irradiaba su cuerpo—. Tu forma divina completa, no este estado semidespierto.

Se miró a sí misma y notó que, aunque parecía divina, todavía sentía algo... apagado.

Incompleta. Como si solo mostrara una sombra de lo que realmente era, pero aun así lucía como antes de caer aquí.

Entonces ¿por qué quiere que ella se vea bien temporalmente?

—Pero ¿por qué querrías que yo...?

Tianlong se inclinó hacia ella, tan cerca que su aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras susurraba: "Para tener hijos juntos, obviamente".

Badump

Su corazón pareció dar un vuelco, y las palabras la golpearon como un puñetazo. Sus ojos plateados se abrieron de par en par,



conmocionados, y sus labios se entreabrieron mientras lo miraba con total incredulidad.

Pero antes de que pudiera responder, el sonido de pasos rápidos resonó en la cámara cuando tres figuras irrumpieron por la puerta.

"¿Acabo de... qué dijiste?" La voz de Feng cortó el aire, sus ojos azul pálido se abrieron de par en par mientras observaba la escena frente a ella.

Yue estaba de pie junto a ella, con la piel bronceada y el arco todavía en su mano, mientras Mei miraba a su alrededor con curiosos ojos oscuros.

Las tres mujeres miraron hacia Ying Jia, admirando su etéreo cabello plateado y sus rasgos divinos, antes de desviar rápidamente la mirada.

A pesar de su belleza sobrenatural, había algo en sus expresiones: un destello de celos mezclado con resignación.

"Es extraño", murmuró Yue, cruzándose de brazos. "De verdad que se ve mejor ahora".

Tianlong miró a sus esposas con una sonrisa divertida. "Vamos, les voy a dar una boda para preparar. ¿No era eso lo que querían?"





—¡Pervertido! —espetó Feng, pero no había verdadera ira en su voz—. Haz lo que quieras. Voy a preparar la boda.

—Otra novia a la que dar la bienvenida —suspiró Yue, negando con la cabeza—. Yo me encargo de los preparativos.

Mei, sin embargo, dio un paso adelante con la mirada inocente fija en Tianlong. "Esposo, yo..."

"Feng", interrumpió Tianlong con una sonrisa, "está intentando monopolizarme. Llévala contigo".

Antes de que Mei pudiera protestar, la mano de Feng se estiró y la agarró por la muñeca. "¿Qué tan excitada estás?", murmuró, arrastrando a la mujer más pequeña hacia la puerta.



—¡Espera! Solo quería... —La voz de Mei se cortó cuando Feng la sacó de la habitación.

En cuestión de segundos, las tres esposas se marcharon, y Ying Jia pudo oír el suave sonido de las paredes moviéndose y recomponiéndose a medida que nuevas habitaciones se materializaban a su antojo. El Palacio del Placer respondió a sus pensamientos, creando espacios y convocando elegantes atuendos de boda de la nada: sedas, perlas y metales preciosos que se materializaban para satisfacer sus deseos.



El palacio era una manifestación de pura voluntad, reconstruido a partir de ondas cerebrales, capaz de proporcionar cualquier cosa que sus habitantes pudieran imaginar.

Tianlong dirigió su atención al espíritu de cabello rosado que permanecía en silencio en la esquina. "Liora, ¿quieres irte?"

La chica etérea asintió una vez antes de disolverse en motas de luz rosa, dejándolos completamente solos.

El silencio se apoderó de la cámara mientras Ying Jia agarraba la píldora entre sus dedos temblorosos, sus ojos plateados abiertos por la confusión y algo que podría haber sido miedo.

"¿Qué estás diciendo?" susurró, su voz apenas audible.

Tianlong se acercó, sus ojos carmesí la miraron con una intensidad que la dejó sin aliento. Cuando habló, su voz tenía un tono vulnerable que ella no esperaba.

"¿Acaso no merezco siquiera amarte?"

Bajó la mirada al suelo, y sus pestañas plateadas proyectaron sombras sobre sus mejillas. La simple pregunta atravesó todo su orgullo divino y su sufrimiento cósmico, llegando a algo profundo en su interior que había permanecido latente durante milenios.





Se llevó la pastilla a los labios, con las manos ligeramente temblorosas. "Haz lo que quieras", dijo en voz baja, "pero no te arrepientas si no me veo bien".

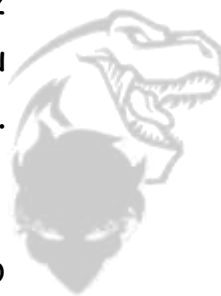
En el momento en que la píldora amplificadora de apariencia del alma tocó su lengua, se disolvió como la niebla de la mañana.

La transformación fue inmediata y asombrosa.

Sus rasgos, ya etéreos, se afinaron hasta alcanzar una perfección que trascendía la comprensión humana. Su cabello plateado adquirió una cualidad luminiscente; cada hebra captaba una luz inexistente, fluyendo como la luz líquida de las estrellas por su espalda para acumularse alrededor de sus pies en ondas brillantes.

Su piel adquirió un brillo sutil, pálida como la luz de la luna, pero radiante de luz interior. Cada curva de su rostro quedó impecablemente esculpida: pómulos altos que cortaban el cristal, labios color de pétalos de rosa, una nariz recta que denotaba una aristocracia ancestral.

Pero fueron sus ojos los que realmente cambiaron. La plata se adensó en charcos de luz estelar líquida, antiguos e insondables, que albergaban la sabiduría y el dolor de diez mil años, a la vez que conservaban una inocencia que hablaba de una divinidad intacta ante la corrupción mortal.





Su cuerpo también se transformó. Su esbelta figura adquirió proporciones perfectas: pechos voluminosos que se tensaban contra su sencilla túnica, una cintura estrecha que se ensanchaba en caderas diseñadas para la maternidad, piernas que parecían interminables bajo una tela que de repente parecía insuficiente para contener tanta belleza.

Ella estaba sentada allí, la perfección divina hecha manifiesta, una diosa que había descendido del reino celestial para honrar el mundo mortal con su presencia.

Tianlong sintió que se le cortaba la respiración al contemplar su apariencia transformada.

Esto no era solo belleza, era la divinidad misma vestida de carne, poder y gracia combinados en una forma que hacía que su alma doliera de deseo.



—Ahora entiendo —murmuró con la voz ronca por el deseo y algo más profundo— por qué el Cielo mismo quiso encadenarte.

Los ojos carmesí de Tianlong se detuvieron en su forma transformada, bebiendo cada curva divina como un hombre hambriento.

—¿Cómo puede alguien ser tan guapo? —Se levantó lentamente del borde de la cama, con movimientos pausados, los músculos tensos bajo la piel dorada.

Con un encogimiento de hombros casual, dejó que su túnica superior se deslizara por sus anchos hombros y la pesada seda se acumuló a sus pies.

Sus abdominales aparecieron a la vista: seis crestas duras talladas en interminables batallas y cultivo, cada una grabada con tenues cicatrices que hablaban de un dolor real, cubiertas de sudor y tensas, subiendo y bajando con su respiración constante.

La línea en forma de V caía hacia abajo, atrayendo la mirada hacia donde su túnica inferior colgaba precariamente, acampanada por el grueso bulto que presionaba contra ella.

Ying Jia parpadeó, sus ojos plateados iluminados por las estrellas se abrieron mientras se subía a la cama, el colchón hundiéndose bajo su peso.

El aire entre ellos se espesó, cargado de calor y algo primario.

"¿Qué estás...?" empezó ella, su voz era un susurro entrecortado, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta cuando él le sujetó el rostro entre sus grandes manos, presionando con los pulgares la suave felpa de sus mejillas.

Su piel cedía como nubes cálidas bajo la lluvia de verano, regordeta y resistente, el tipo de carne que se hunde bajo la presión pero vuelve a crecer llena e invitante, la sangre corriendo por debajo





para teñirla de rosa, cada poro vivo con un brillo etéreo que la hacía sentir imposiblemente real, imposiblemente viva.

Su pulgar recorrió su labio inferior, separándolo suavemente, sintiendo el interior húmedo y aterciopelado ceder como una fruta madura que se abre, suave, resbaladizo, temblando con su respiración acelerada.

—Dije, ¿puedo? —murmuró, con voz baja y grave, mientras con la otra mano tiraba del cordón de su túnica inferior.

La tela se abrió con un susurro y su polla saltó libre: veintidós centímetros de calor espeso y venoso, pesado y rígido, la cabeza bulbosa golpeando contra su mejilla con un sonido carnosos.



‘!’

"Qué—"